

Amor y espiritualidad: necesidades y condiciones fundamentales en la formación docente

DELIA GARCÍA CAMPUZANO

Escuela Normal Superior de Michoacán

Resumen

Ante un entorno cambiante, competitivo, procesos sociales más flexibles y complejos, incertidumbre, cambios en el campo laboral, procesos de globalización y de virtualización, los seres humanos estamos atrapados por el mundo de lo ordinario, supeditados al yo personal, al *ego*, ahí nos convertimos en objetos reactivos de una economía y política que nos embota, que nos sume en la dinámica de la producción, la explotación, el consumo, la dependencia (adicciones, enfermedades) y la creación de cada vez más necesidades basadas en el tener, que van en detrimento del ser. Ante ello, se exponen en el presente ensayo, algunas ideas vinculadas al amor y la espiritualidad del ser humano como parte de su condición y sus implicaciones en el desarrollo y salud de la persona, razón por la que se recono-

cen como necesidades y condiciones de la formación docente.

Palabras clave: amor, espiritualidad, necesidad, condición, formación docente.

Introducción

Los momentos de crisis por los que atraviesa la humanidad ponen de manifiesto, desde muchos lugares y dimensiones de la realidad, la necesidad de dar un sentido más profundo a la existencia. Necesitamos abrir la puerta a otros conocimientos, romper los condicionamientos y parámetros que nulifican y cosifican al ser humano, que llevan al caos y a la confusión que reinan en la época actual. Estamos ante un mundo hecho migajas, el hombre de hoy vive en el fragmento porque se ha perdido la referencia a una totalidad que le dé sentido. Se hace imperante otro saber que Kant no



pudo fundamentar en su tiempo, un conocimiento que se refiere a la totalidad. Es el conocimiento de nosotros mismos, de algo superior que nos trasciende y de la libertad humana.

En este trabajo se destaca la importancia del amor y espiritualidad como elementos necesarios de la formación docente porque su significado conlleva una actitud del sujeto para entender, vivir, crear, transformarse, que surgen de la acción y compromiso por aprender a ser, autorrealizarse y tener conciencia. Se parte de reconocer la importancia del amor y la espiritualidad en el desarrollo de la persona y, posteriormente, su relevancia en la formación docente haciendo énfasis en las implicaciones que atañen los términos necesidad y condición, y su relación con la formación de profesores, para culminar con algunas alternativas para dicha formación y algunas ideas de lo que puede hacerse desde el espacio institucional.

Algunos planteamientos centrales son: **¿Cuál es la importancia del amor y la espiritualidad en los procesos de desarrollo de la persona?** El amor y la espiritualidad son necesidades humanas básicas, porque contribuyen de un modo esencial al proceso vital, que es indispensable para un desarrollo sano.

Una persona con amor funciona, en la práctica, como el sistema inmunológico de la conciencia, ofreciendo una mayor resistencia, fuerza y capacidad regeneradora. Una persona amorosa posee energías y motivaciones. El amor en la persona se relaciona con estabilidad emocional, el cui-

dato propio, la aceptación y respeto por sí mismo y los otros, la actividad entusiasta, la alegría, la capacidad de dar, de servir, el compromiso y la responsabilidad por ayudar al otro. Cuanto más elevado sea el nivel de amor en el ser humano, más dispuesto estará a fomentar las relaciones que le hacen crecer como persona, evitando las deletéreas, buscará la creatividad, la transformación y la unión. Es una actitud y estado que permite estar despiertos y orientarse positivamente en la vida, hacer uso de ese poder para beneficio común y caminar hacia la evolución psíquica y no solo física porque, en palabras de Morín (2003) la vida humana necesita ser alimentada de sensibilidad y de imaginario.

Una persona con cierto desarrollo espiritual tiene conciencia de quién es y cuál es su propósito en la vida, siente respeto por todas las formas de vida, se inspira y conduce bajo valores y compromisos con la mejora de su persona, manifiesta una acción comprensiva y compasiva ante sí mismo y los demás y es empático, es capaz de resolver los problemas y de enfrentar el dolor y sufrimiento como partes de la vida y conservar su paz interior, lo que le permite estar presente de manera plena, creativa y responsable en la sociedad, trascendiendo el ego y actuando en favor de la comunidad y unidad porque reconoce que es parte de un todo y se identifica con los otros seres que habitan el planeta. Es agradecido y sabe recibir, valora la vida y se compromete con su desarrollo espiritual, se alinea a las fluctuaciones del universo y reconoce que existe un nivel superior de la realidad física y mental. Mantiene una actitud po-



sitiva, de apertura, es flexible, irradia amor y tranquilidad, siendo agente de cambio y modelo para otros.

Cuando el grado de amor y espiritualidad es bajo, puede disminuir la resistencia frente a las adversidades de la vida porque el individuo es menos eficiente de lo que podría ser potencialmente. Las personas se hunden frente a circunstancias que lograrían superar si tuvieran sentimientos amorosos y más sanos acerca de sí. Tienden a sentirse más influidos por el deseo de evitar el dolor que por el de experimentar la alegría, lo negativo tiene más poder sobre ellas que lo positivo. Tienden a experimentar altos niveles de ansiedad, inseguridad, poca estabilidad emocional, poca conciencia de sí, de la vida, del otro, hipersensibilidad a la crítica, pasividad, competitividad y destructividad, pareciera que se encuentran en un estado de sueño, de inconformidad, de inquietud constante, de infelicidad porque no han logrado encontrar su lugar en sí mismos y tampoco en la vida y en el mundo.

¿Por qué el amor y la espiritualidad se consideran elementos necesarios para la formación docente? Todos necesitamos tener amor y espiritualidad porque son características inherentes a la condición humana, independientemente de nuestra edad, sexo, cultura, trabajo y objetivos en la vida. “Somos seres espirituales que están teniendo una experiencia humana”, somos seres espirituales en busca de un significado, trascendencia y realización. Nuestra esencia no es acumulación de hechos culturales, porque no solo somos un producto social, “nuestra esencia es espiritual, trans-

cultural, transpersonal y transracional, estamos aprendiendo a ser seres humanos, para llegar a reconocer lo que somos, por ese camino del ser es hacerse consciente de sí mismo” (Gallegos, 2003:169).

El amor y la espiritualidad afectan prácticamente todas las facetas de existencia. Sin embargo, actualmente la acción educativa se sitúa en un contexto social complejo compuesto por desorientaciones y excesos de diversa naturaleza, pero también padecemos una especie de subdesarrollo, una carencia de amor y de espiritualidad que nos impulsa a ciertas conductas autodestructivas: la relación cotidiana que se da en la educación familiar y escolar desde generaciones, algunas veces está basada en el uso, y a menudo, hasta en el abuso de estados emocionales negativos para el desarrollo humano. No solo se utilizan la vergüenza, la culpa, la amenaza, el miedo, trato autoritario o de sumisión, comparación, diferentes formas de evidenciar a las personas, etiquetas peyorativas, subestima, sino que intervienen también la falta de atención, dificultad de comunicación o diálogo y la falta de contactos afectivos suficientes. Las personas crecen y se desarrollan en ambientes autoritarios y represivos o bien, demasiado permisivos. En todos estos casos, el ser humano carece de elementos fundamentales para desarrollarse y evolucionar.

Si volvemos la mirada hacia el docente, encontramos que el cambio social acelerado ha convertido el trabajo docente en una complejidad bastante difícil de manejar y resulta muy desgastante. Se desarrolla entre prescripciones e imprevistos, con in-



tencionalidades pedagógicas manifiestas y ocultas, expectativas de actuación de sí mismo y de los alumnos, fuertes tensiones y un conjunto de teorías implícitas (sobre el propio rol, la enseñanza y el aprendizaje). Para los docentes, la exigencia de ser competentes surge al menos de dos fuentes: la presión de las instituciones o de los requerimientos del mercado de la calidad educativa o la excelencia académica y de una demanda personal. La necesidad de desempeñarse con solvencia, en forma flexible, dotados de un repertorio de recursos con el menor desgaste posible, obteniendo mejores resultados y, consecuentemente un alto grado de realización personal, es una meta imposible de ignorar para el propio docente.

Esta situación lleva al profesor a mostrar efectos permanentes de carácter negativo que afectan su personalidad como resultado de las condiciones económicas, psicológicas y sociales en que se ejerce la docencia. Lo anterior produce un ciclo degenerativo de la eficacia docente que se traduce en:

Crisis de la institución escolar cuyo rendimiento es mediocre: los bajos resultados que obtienen los estudiantes de diversos niveles educativos, muestran que, pese a los esfuerzos de los docentes, no logran desempeños básicos, tales como leer comprensivamente o utilizar los conocimientos matemáticos para resolver problemas. Hay una fuerte desconexión entre procesos de enseñanza y aprendizaje cuya brecha no ha sido salvada por las numerosas propuestas innovadoras.

Crisis del acto pedagógico en sí mismo: rutinización de la práctica como mecanismo de defensa ante las condiciones en que se ejerce la docencia: actividad fragmentaria; sobrecarga de trabajo: atención a grupos numerosos; disciplina; clima del aula; planear; evaluar; orientar, etc.; programas de formación (sistematicidad, atención a necesidades de formación reales); uso de recursos educativos y materiales de trabajo, exigencias administrativas y de organización escolar (horarios, reuniones, eventos sociales y culturales) que limitan el tiempo real de trabajo con alumnos y la calidad de la enseñanza e ignoran por completo la vivencia del amor y la espiritualidad.

Subvaloración de los profesores: sentimientos de conmiseración hacia sí mismos por el juicio que les merece su propia profesión. El profesor ha interiorizado su condición y despreciado su propio trabajo: el profesor se asume muchas veces como conflictivo, flojo, mal pagado, aislado, denigrado, humillado y despreciado por los alumnos y la sociedad. Otras veces desarrolla formas de inhibición como una manera de cortar la implicación personal con el trabajo que se realiza (Steve, 1994).

Cuando describimos estas situaciones, nos damos cuenta que contienen varios de los elementos de la falta de amor y espiritualidad en el docente: sentimientos de desconcierto e insatisfacción ante los problemas reales de la práctica. Hay tendencia a la reticencia más que al optimismo, resistencia al cambio, depreciación del yo, autculpa, inseguridad ante la función, falta de identificación consigo y con el otro, falta de compromiso y responsabilidad hacia la mejora, de actitud y apertura para apren-



der, desmotivación por su persona, la vida y la docencia, falta de verdadero sentido ante lo que hace con su tiempo y con su vida, por ende, hay falta de gozo e insatisfacción ante la profesión, además de falta de pertenencia a un todo, entre otros. Por lo tanto, se advierte la necesidad de fortalecer estos elementos del profesor.

Si se hace referencia a la definición de *necesidad*, encontramos que proviene del latín *neceditas-átis*. El término alude a varias ideas: impulso irresistible que hace que todas las causas obren en cierto sentido. Todo aquello a lo cual es imposible sustraerse, faltar o resistir. Carencia de las cosas que son menester para la conservación de la vida. Falta continuada de alimento que hace desfallecer. Se aplica a las cosas de las que no se puede prescindir (DRAE, 2012).

Si queremos aplicar cualquiera de estas ideas en el ámbito de la formación docente, entonces advertimos que el profesor con amor siente el impulso (empuje, deseo irresistible) por hacer que tenga sentido lo que realiza (sentido de la propia identidad, que constituye el marco de referencia desde el que interpreta la realidad externa y las propias experiencias). Este impulso es sentido porque reconoce que carece de ese alimento (herramientas básicas: recursos- amor, espiritualidad-, preparación) importante para su vida profesional y el no alimentarse provoca desfallecimiento (agotamiento, frustración, neurosis, etc). No es posible que el docente ignore o se resista ante las exigencias que le demanda la sociedad actual, por lo tanto, se puede sobrevivir sin amor y espiritualidad, pero no se

puede vivir profesionalmente prescindiendo de ellas.

¿Por qué el amor y la espiritualidad representan condiciones de la formación docente? Para dar respuesta a esta pregunta se hace uso de las ideas asociadas con el vocablo *Condición*: del latín *conditio ónis*. Índole, naturaleza o propiedad de las cosas. Estado, situación especial en que se halla una persona. Situación o circunstancia indispensable para la existencia de otra. Aptitud o disposición. Circunstancias que afectan a un proceso o al estado de una persona o cosa (DRAE, 2012).

Se recuperan tres de las acepciones: Una de ellas es el *estado o situación especial en que se halla una persona*. Por ello se destaca dicho estado haciendo alusión a una historia: Había una vez un señor muy poco inteligente al que siempre se le perdía todo. Un día alguien le dijo: Para que no se te pierdan las cosas lo que tienes que hacer es anotar dónde las dejas. Esa noche, al momento de acostarse, tomó un papel y pensó: “para que no se me pierdan las cosas...” Se quitó la camisa, la puso en el perchero, tomó un lápiz y anotó: “La camisa en el perchero”. Se quitó el pantalón, lo puso a los pies de la cama y anotó: “El pantalón a los pies de la cama” y así procedió con cada una de las prendas que se fue quitando. A la mañana siguiente, cuando se levantó, buscó los calcetines y los zapatos donde estaban anotados, los encontró y se los puso. Lo mismo sucedió con la camisa y el pantalón. Y entonces se preguntó: *¿Y yo, dónde estoy?* Se buscó en la lista una y otra vez y como no se vio, nunca más se encontró a sí mismo (Bucay, 2005:146-147).





A veces nos parecemos a este señor, no sabemos dónde estamos. Nos hemos olvidado de nuestro lugar en el mundo. Podemos ubicar el lugar de los demás, el lugar que tienen en nuestra vida, y el lugar que tenemos nosotros en sus vidas, pero no es fácil ubicar el lugar que tenemos en nuestra propia vida. A veces hasta decimos que no podemos vivir sin algunos seres queridos. Pero nos hemos preguntado: ¿Puedo vivir sin mí?

Cuando queremos a alguien lo cuidamos, nos ocupamos de él, lo escuchamos, le procuramos las cosas que le gustan, lo llevamos a lugares donde se siente contento, le regalamos cosas que le agradan, le ofrecemos comprensión, apoyo, etc. Cuando el otro nos quiere hace lo mismo. Pero, ¿Por qué no hacemos estas cosas con nosotros, desde la condición de personas y en el rol de profesores?

Esto representa el amor y la espiritualidad como condiciones de la formación docente. No tenerla significa perdernos. Y nos perdemos como personas y como profesores porque no reconocemos quiénes somos, qué queremos, dónde estamos y hacia dónde vamos.

Otras definiciones del vocablo *condición* que se rescatan para argumentar por qué la espiritualidad y el amor son condiciones de la formación docente son: Situación o circunstancia indispensable para la existencia de otra. Aptitud.

¿Cuáles son las circunstancias y, a su vez, las aptitudes indispensables para ser docente? Esas situaciones necesarias se ubican en las competencias que requiere

el profesor para desempeñar su trabajo. La formación basada en competencias no es solo una de tantas modas que llegan a la educación. Resignifica y articula la relación entre trabajo y educación, procesos formativos y procesos vitales de los sujetos, demandas del contexto y necesidades de los individuos. Representa una mirada innovadora que aporta estímulo y sentido a los procesos de cambio. A partir de estas ideas es que se recuperan los planteamientos de Delors (1996) y las aportaciones que hace Ruiz Bueno (2001), respecto a los saberes integrados que se han de atender desde la educación, los cuales se corresponden con el amor y la espiritualidad en el docente:

- *El saber*: Comprender, manejar y aplicar categorías propias de la ciencia y de la disciplina (en distintos niveles: epistemológico, disciplinar, pedagógico, antropológico, psicológico).
- *El saber hacer*: Dar sentido y articular las prácticas de enseñanza. Dominar y guiar el aprendizaje de las tareas, habilidades, destrezas y conocimientos propios del campo disciplinar, encontrar soluciones y transferir experiencias a las nuevas situaciones de trabajo.
- *El saber estar*: Adaptarse al contexto y sus demandas, comprender la institucionalidad como parte de ese contexto y sus efectos como parte de una unidad mayor (responsabilidad de la actuación personal, colaborar, actuar con otros, participar, organizar, tomar decisiones, flexibilidad ante los cambios).

- *El saber ser*: Tiene que ver con actitudes y valores como persona, el reconocimiento de emociones, fortalezas y debilidades; como docente, con la ética profesional, la orientación hacia el servicio, el compromiso con el otro, el liderazgo y como agente de cambio, además de la satisfacción con el rol.
- *El hacer saber*: Capacidad para innovar, investigar, reflexionar, poder articular la investigación con la didáctica de modo que los resultados realmente impacten en la práctica docente.
- *El saber desaprender*: Deshacerse de modalidades de trabajo obsoletas y de resistencia al cambio, romper esquemas, estar abierto a las nuevas ideas y formas de actuar que redunden en el desarrollo del ser humano.

De estos saberes deriva una visión de cómo puede ser la educación para el amor y la espiritualidad y de la diferencia que puede marcar un educador que se asume con estas características, sin dejar de considerar que son parte de la condición humana, y a la vez, necesidad y condición para su actuación educativa. De ahí que se presenten algunas ideas generales que pueden constituirse en **alternativas para la formación docente**:

- ✓ Establecer mecanismos selectivos adecuados para el acceso a la profesión docente basados en criterios de amor y espiritualidad que comprendan las motivaciones de ingreso a la carrera docente (hacer de la profesión un proyecto de vida y no una forma de asegurar un empleo) y no

solo, como hasta ahora, en criterios de cualificación intelectual. El ejercicio de la docencia no puede seguir siendo el refugio de quienes encontraron en esta profesión una solución a la ausencia de empleo. En él deben confluír aquellos que son preparados para esta función. Por lo tanto, tendrán que seleccionarse desde una visión más holista que atienda a cómo se encuentran por dentro como personas para que a partir de esto se les pueda dar seguimiento durante el proceso de formación docente y éste se enfoque realmente en “nutrir lo mejor del ser humano, no lo peor, nutrir el espíritu, nutrir el alma, curar, sanar, establecer orden interno” (Gallegos, 2003: 60).

- ✓ Buscar una mayor adecuación de la formación inicial a los imperativos y problemas de enseñanza actuales. Los vertiginosos cambios en las configuraciones culturales, en las demandas sociales, en el perfil cognitivo de los estudiantes y sus necesidades, en los contextos de desempeño laboral, deben ser tomados en cuenta en la formación. No proporcionar trabajadores al mercado sino dotar al futuro trabajador de herramientas y recursos, de competencias orientadas al desarrollo y evolución del ser humano que incrementen su capacidad para moverse, mutar, y/o reciclarse dentro del sistema laboral. De no articular estas modificaciones preventivas, corremos el riesgo de aumentar el número de profesores desconcertados al encontrar que la realidad de la



enseñanza es un mundo totalmente desconocido para ellos y contradictorio con el mundo ideal planteado durante su formación, entonces viene el desencanto, la desmotivación, el desamor.

- ✓ La revisión, actualización y diseño de planes y programas de estudio y métodos de formación, de manera que trasciendan, porque éstos siguen centrados en la enseñanza y generan conocimiento inerte, episódico o anecdótico. Estos métodos tendrán que centrarse en la actividad de los sujetos, en su potencial de aprendizaje, en sus saberes y capacidades; con énfasis en la disposición y esfuerzo por mejorar, más que por la eficacia, la laboriosidad y productividad; la preocupación por la persona como ser humano y el servicio; la comprensión de que la función del docente no es enseñar sino generar, promover y acompañar procesos de aprendizaje con todo lo que ello involucra, desde una perspectiva holista, esto significa: “ampliación de conciencia para hacerla más profunda, global y espiritual” (Gallegos, 2003:5).

La actualización y diseño de planes y programas de estudio puede concretarse en una organización curricular basada en la transdisciplina, es decir, partir de un problema de investigación y alrededor de este problema hacer un uso estratégico de las teorías y dispositivos de comprensión de la vida social. Esto significa que se pueden usar conocimientos con-

siderados no científicos, pero que son válidos para entender mejor un problema social. Organizar los contenidos de manera transdisciplinar adquiere sentido porque hoy día, la interrelación e interdependencia del conocimiento es un hecho. Se trata de integrar el conocimiento humano: ciencia, arte, tradiciones, humanidades, filosofía, espiritualidad. Esta diversidad es la base de la unidad del conocimiento.

Bajo la lógica de la transdisciplina se rompe con la idea rígida de buscar el mejor método educativo, porque éste no existe y no existe porque hay diversidad de estilos de aprendizaje y porque no existe una sola inteligencia. Desde esta visión se considera al estudiante como un ser multidimensional, esa es la razón por la que se trabaja con seis aspectos en los alumnos: Cognitivo: Los aspectos intelectuales (inteligencia lógico-matemática y verbal) deben ser cultivados con amor y respeto; social: porque la convivencia social es otra parte integral del desarrollo individual así como de la estrategia educativa. La sociabilidad se estimula a través de acciones cooperativas y trabajo en equipo; emocional, porque el aprendizaje requiere autoestima y seguridad emocional. No se puede aprender amenazado; física o corporal: es elemento integral de todo el desarrollo. Una forma de aprender es a través de la actividad. El fundamento estético del espíritu humano



es nutrido en esta dimensión; el arte: expresa el alma. Es la capacidad para expresar nuestros impulsos creativos internos y para apreciar las expresiones de otro, es fundamental para una vida feliz, es el innato amor humano por la belleza; y Espiritual: dimensión incondicionada, es el lugar de la sanación verdadera, total y final. Viene del discernimiento de que somos la totalidad y que nuestras vidas participan en el fundamento que da vida al universo (Gallegos, 2003:14-26)

- ✓ Articular estructuras de ayuda para el profesorado en ejercicio que no ha logrado una vía de actuación práctica lo suficientemente coherente como para evitar contradicciones en su estilo docente. Los programas de actualización hasta ahora parecen más un sistema de condicionamiento que preserva el status quo y hace olvidar lo que es realmente la educación al realizar actos mecánicos y deshumanizadores, lo cual parece normal en esta época. El apoyo de estos programas debe recoger las necesidades reales de formación ligada a las demandas de la problemática social que enfrentan los estudiantes. Es importante que se atienda la pobreza económica desde los proyectos políticos, pero es más importante que se atienda el empobrecimiento espiritual que se vive por la pérdida de amor y la incapacidad de la gente para estar en paz consigo misma y para saborear su existencia. Pero para iniciar con estos procesos de reparación del desarrollo basado en el amor y la espiritualidad, hay que

empezar con los docentes porque no se puede ofrecer lo que no se ha vivido e internalizado.

- ✓ Desde la escuela es posible trabajar pilares (prácticas generadas internamente) del amor y la espiritualidad, entre ellas:
 - Repensarnos. Asumirnos como trabajadores potenciales. Reconocer quiénes somos, cuál es nuestra función en este momento y hacia dónde nos dirigimos. Revisar continuamente la coherencia de la propia acción y el pensamiento. Esta es una forma de insertarnos no sólo en el mundo del trabajo sino que nos coloca en otra posición como personas y profesionales de la educación. Repensarnos como personas y profesionales de la educación nos demanda tomar un camino que nos permita encontrar una manera de ser más sanos. Ese camino está relacionado con el amor (Naranjo, 2011).

El amor es condición indispensable para una relación educativa de mayor alcance. Es fundamental tener amor por la docencia porque esto significa dejar de sentir la obligación de hacer algo, entonces todo lo que hagamos será porque queremos, hacerlo se convierte en un placer porque nos recreamos a través del trabajo y de los momentos que compartimos con el otro. Experimentamos el gozo que nos da autorrealizarnos en la actuación como profesores.

Este amor incluye confianza, responsabilidad y apertura. Creer en nuestra capacidad como seres humanos y en la valía e



importancia como educadores. Hacernos cargo de nuestra vida, de nuestras acciones y sus consecuencias y responsabilizarnos de nuestra relación con los demás, reconociendo que son personas y que al relacionarnos estamos aprendiendo y creciendo con ellas porque aprender es una condición de la existencia que nunca puede terminar. Pero se piensa en un aprendizaje no sólo académico, teórico o técnico, sino principalmente, un aprendizaje desde dentro, de nosotros mismos. Un proceso de autoconocimiento a lo largo de toda la vida y trabajar nuestra autoimagen desde lo consciente.

- Fomentar la reflexión y la conciencia sobre la capacidad y los potenciales de cada alumno y sus estilos de aprendizaje. No dar las cosas hechas a los alumnos, propiciar su participación en el descubrimiento, la crítica, la curiosidad analítica, la creatividad y la búsqueda de soluciones alternativas en el desarrollo de los temas, problemas o conflictos personales. Estimular el sentido del amor y del espíritu de cada uno desde sus formas de aprender, sus condiciones y posibilidades porque el aprendizaje “es una construcción que ocurre en muchos niveles e implica un sentido personal. Es deductivo, es holista, no es lineal, ocurre en forma espiral”. Los estudiantes aprenden todo en contexto, no solo en el aula, siempre “tienen un propósito, el cual los lleva a decidir qué aprender de acuerdo a un impulso de autorregulación y autoorganización. Los procesos de aprendizaje pueden ser articulados, pero no externamente programados, precedidos o controlados” (Gallegos, 2003: 5, 39).

El recorrido que hemos hecho por los conceptos de amor y espiritualidad, nos permite apreciar estas características del ser humano no solo desde el plano teórico, sino práctico, en el sentido de revelarnos la necesidad de incorporarlas para nuestro aprendizaje y desarrollo humano, de manera que en cada situación que experimentemos recordemos que: Amarnos es necesidad y condición para vivir. El escritor Pedro Calderón de la Barca decía que la vida es sueño, entonces, ¿por qué no creamos en ese sueño una vida con amor y espiritualidad?

Fuentes consultadas

- Assmann, H. (2013) *Placer y ternura en la educación. Hacia una sociedad aprendiente*. México. Narcea.
- Cussianovich, A. (2007) *Aprender la condición humana. Ensayo sobre pedagogía de la ternura*. Lima. Perú. IFEJANT
- Bucay, J. (2005) *El camino del encuentro*. México. Océano.
- Bucay, J. (2006) *De la autoestima al egoísmo*. México. Océano.
- Buzán, T. (2003). *El poder de la inteligencia espiritual. 10 formas de despertar tu genio espiritual*. España. Urano.
- Chopra, D. (2007) *El camino hacia el amor*. Barcelona. Javier Vergara.
- Delors J. (1996) *La educación encierra un tesoro*. París. UNESCO.
- Emmons, R. (2000) *Is spirituality and intelligence? Motivation, cognition, and psychology of ultimate concern*. The international journal for the psychology of religion, 1, 10 3-26.
- Fromm, E. (1969) *El arte de amar*. Barcelona. Paidós.
- Gallegos, R. (2003) *Pedagogía del amor universal*. México. Fundación Internacional para la educación holista.
- Herrán G., A. (2009) *Educación de la humanidad. El reto de una nueva pedagogía*, en Almendro, Manuel (2009) *Krisis*. España. La Llave.
- Maturana, H. (1996) *El sentido de lo humano*. Santiago de Chile. Dolmen. Octava edición.
- Morín, E. (2003) *La humanidad de la humanidad*. La identidad humana. Madrid. Cátedra.



- Naranjo, C. (2011) *Sanar la civilización*. Barcelona. La llave, 2ª. Edición.
- Steve, J. (1994) *El malestar docente*. Barcelona. Paidós.
- Wilber, K. (2007) *Espiritualidad integral*. España. Kairós.
- Willigis, J. (2009) *Crisis espirituales*, en Almdro, Manuel (2009) *Krisis*. España. La Llave.
- Wigglesworth, C. (2014) *Las 21 aptitudes de la inteligencia espiritual*. México. Grijalbo.
- Zohar, Dana y Marshall, I. (2001) *Inteligencia espiritual. La inteligencia que permite ser creativo, tener valores y fe*. Barcelona. Plaza Janés.

Fuentes electrónicas

- DRAE. (2012). Necesidad. Condición, en Diccionario de la Lengua Española. 22ª. Edición. Recuperado en :<http://lema.rae.es/drae/?val=necesidad>, <http://lema.rae.es/drae/?val=condicion>
- Ruiz, C. (2001). El formador en el contexto de la formación ocupacional. Recuperado en: <http://www.tesis-enred.net/bitstream/handle/10803/5003/crb04de12.pdf?sequence=4>.

